

SERMON

DE SANTA FILOMENA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

In omni ore quasi mel indulcabitur ejus memoria.

En toda boca es dulce como la miel su memoria.

Eclesiást. c. 49. v. 2.

Religiosos oyentes, apartemos los ojos de las pestilentes cátedras de la impiedad, como de un lodazal inundo y fétido, para fijarlos hoy en una de las obras mas grandes de la divina omnipotencia. ¡ Oh cuánta confianza debe inspirar una escena tan tierna y consoladora, que alimenta la devoción de los fieles en medio del siglo mas criminal y seductor! Es el testimonio mas elocuente de que existe una Providencia llena de bondad y de amor. No : la madre mas amorosa no tiene con sus hijos el celo y cuidado con que nos llama y acaricia el Dios de toda consolación, derramando el espíritu de su amor sobre toda carne. En los últimos tiempos, dice por su Profeta : « Yo haré prodigios en lo alto de los cielos, y maravillas en la tierra hasta el día de las manifestaciones; y cualquiera que invoque el nombre del Señor, se salvará. » El siglo XIX ha visto asombrado el prodigioso cumplimiento de esta profecía de Joel, que anunciara ya el príncipe de los apóstoles á la ingrata Jerusalen, dejándole todas las naciones que habitan bajo del cielo. El Espíritu consolador, que no ha cesado en todo tiempo de fortalecer á su esposa la iglesia, no ha dejado en todos los siglos de conceder á unos el don de sabiduría, á otros el de ciencia, á estos la gracia de curación, á aquellos una luz profética para ver los futuros tiempos; otros finalmente resplandecen con la virtud de obrar toda suerte de prodigios con el fin, dice santo

Tomas, de conducir los hombres al conocimiento del verdadero Dios.

Este divino Señor tan rico en misericordias, no solo hace brillar su gloria sobre el Hijo del hombre, sino que tambien haciéndole depositario de su poder, hácele dueño en cierto modo de su mismo soberano, el inmortal Rey de los siglos. Pero ¿ para qué maravillarme de tales prodigios, si estos son los ménos preciosos de sus dones? Los mayores milagros, dice el papa san Gregorio, son los que dicen relacion al órden espiritual; son los que obran, no la resurrección de los cuerpos, sino la conversión de las almas. Cuando vemos que una niña de trece años, que la jóven Filomena es el asombro y la delicia de los cielos y la tierra con las maravillas que obra en favor de los fieles; cuando la obedecen los elementos y las tempestades, y toda la naturaleza escucha dócil su voz; cuando hasta los demonios la auxilian en el castigo de los malos; cuando por fin sus cenizas, bien que áridas como la vara de Moises, saben cual esta sacar agua de los peñascos, ablandando el fiero corazón de los impíos; humillándose mi corazón delante de Dios, no puedo ménos de pregonar las maravillas de su poder y las glorias con que resplandece en su amada esposa. El nombre de Filomena, imitando la luz del sol, en breves instantes corre un espacio inmenso, llegando á las últimas regiones del globo; al tiempo que la trompa sagrada del Evangelio va llenando de sus prodigios los campos lejanos del Japon, de la China, de Asia y América, la Europa propaga su culto en los campos y en las ciudades mas populosas. Cardenales y obispos, grandes y pequeños, reyes y súbditos, ovejas y pastores, todos quedan prendados de la santa princesa; á todos inflama el deseo de honrarla con toda clase de oblaciones. Por todas partes se van levantando altares, se consagran ofrendas al nombre de la doncella ilustre y generosa que, por amor á Jesus, ha hollado todas las pompas y grandezas mundanas.

Llena de caridad y amor, se ostenta dispensadora de las gracias del cielo sobre los pecadores que, copiando el modelo de sus virtudes, ponen en práctica y perseveran en su propósito de vida nueva, abandonando para siempre los caminos de la maldad, de los vicios y del error. Entónces el suave bálsamo con que Filomena sana las hondas heridas de la culpa, volviendo la paz á los corazones, los hace exclamar gozosos, que

la memoria de su nombre es dulce como la miel y agradable como la música en un banquete divino; *ut musica in convivio vini*. ¡Cuán admirable es el Señor en sus escogidos! ¿Cómo corona los corazones de una esposa fiel? Uno dice que vió la santa vírgen y mártir, y que esta le sanó de un dolor envejecido; otro que se cumplieron todos sus vaticinios. Ved este niño, exclama una madre venturosa: estaba ya muerto, y de repente me le volvió á la vida. Aquí provee la necesidad de sus devotos, allí vemos miembros devorados por el cáncer que recobran la robustez y sanidad antigua... ¿Quién es aquella jóven tan agraciada y bella como el ángel, que camina de Mugnano á Montefort? Es ella, es Filomena, se inclina y coge unas yerbas, las regala á una esposa afligida, y en ellas iba oculta la salud de su marido. Ved aquí el débil bosquejo de la gran santa, como la apellida el papa Leon XII, tomado del fondo de su vida, por lo cual os la presentó como la reparadora del mundo, suscitada por el cielo en los días de la mayor tribulacion! ¡Espíritu divino y consolador! Si no os desagrada la flor humilde que mi gratitud añade á la corona de vuestra vírgen, sellad mis labios torpes con el fuego del Profeta. Para lograr el deseado fruto en el pecho de los fieles, porque bien saben que mi fe no tiene parte alguna en la infidelidad del corazón, imploramos también el patrocinio de la Reina de los ángeles, saludándola con el *Ave María*.

Quando las cenizas de santa Filomena son conducidas en triunfo por los campos de Italia desde el centro de las catacumbas de Roma; quando tal homenaje de veneracion tributamos á unos restos mortales envejecidos en un sepulcro, ignorados por mas de quince siglos, pudiéramos decir con justa razon admirados: ¿quién es esta que sube del desierto cercada de gloria y rebosando en delicias? Porque á la verdad, solo ciertos emblemas de tormentos, enlazados con la palma del triunfo, es todo lo que vemos, y no mas; se ignoraba su nombre y hasta su existencia. Así que la fama no sabemos se haya ocupado de sus excelsas virtudes, de sus prodigios asombrosos. Solo una cosa sabemos, pero esencial, como el fundamento de su gloria, que la ha adquirido la corona inmortal de sus merecimientos. Y es que vivió fiel á Jesucristo, y murió por su amor á princi-

pios del siglo IV, bajo el imperio de Diocleciano. Esta hija única de unos príncipes de la Grecia, tocando apenas en los trece años de su edad, por consagrar todo su amor al divino Esposo de las almas, renuncia con asombroso heroísmo á las esperanzas de su ilustre prosapia; desprecia todas las grandezas del siglo, con que la halagaba la mano del mismo emperador, porque la union mística de su alma con Jesus crucificado, es para ella de un placer mas positivo y duradero que no las fugaces dichas de un himeneo imperial. Empero, dirán los incrédulos, ¿son estos motivos bastantes para que salgan del polvo de la tumba, despues de mil y quinientos años de olvido, los restos mortales de Filomena? ¿Qué gloria puede resultar á Dios de los honores tributados á estas cenizas, yaciendo en olvido mil otros héroes de la fe? Mas á los fieles bástanos adorar los juicios admirables de la Providencia, sabiendo que los tesoros del Señor son desconocidos al orgullo de los mortales, y que se descubren á la humildad y la inocencia.

Antes de aparecer con tanto esplendor en la escena del mundo la taumaturga de nuestro siglo, pudiéramos creer que habia recibido en los cielos su mision de Jesucristo; que en medio de su asamblea de los santos fuera distinguida por el amor de su Esposo divino con una mirada de complacencia; y que acercándose al trono del Excelso, oye una voz que la dice: «Yo te he escogido para que en el campo de mi iglesia seas como el rocío nuevo destinado á fecundarla con su frescura; anda, ve, ó Filomena, que tú me cogerás los copiosos frutos que mi providencia te va preparando.» Escucha la santa vírgen las órdenes del Señor, y desde ahora es constituída como maestra de los cristianos, la reparadora del mundo, esperanza de los pecadores que ha de trasformar con el noble ejemplo de sus heróicas virtudes, y como la columna del desierto, es la conductora de los fieles á la celestial Sion. Tan consoladora es la esperanza que fundan en su poderío las naciones católicas, casi en los aciagos momentos de su agonía; en estos desgraciados tiempos que parecen los designados en la santa Escritura como los precursores de la ruina universal.

¿Cuándo, si no, se levantaron los hombres con tan grandísima audacia, se rebelaron con tan maligna ingratitud, se conjuraron con tamaña fiereza contra Jesucristo y contra su iglesia? Suprimidas las religiones, desterrados los pasto-

res, arrasados los templos, derribados los altares, degollados los sacerdotes... sumida la iglesia en la mendicidad, reducida á la esclavitud, ¡hasta este grado provocaron la cólera del cielo nuestros delitos! Los pecadores ó los anticristos, como llama un apóstol á ciertos hombres, sembraron la inmoralidad y la blasfemia, no solo en las ciudades, sino tambien en las aldeas y en las cabañas de los infelices pastores. ¿Y en la católica España? Levantaos, Señor, en defensa de vuestra causa. Se trata con infernal empeño de cortar el lazo que une á los fieles con Dios, porque separado el hombre de su amante Redentor, muere sin remedio, como el vástago separado y cortado de la vid que le daba el jugo vital. ¿Quién podrá, sin verter lágrimas de dolor, contemplar el sombrío y lastimoso cuadro de la iglesia? Los profetas falsos se conjuraron en el seno de la nueva Jerusalem; y como el leon que se lanza rugiendo sobre la presa, así han devorado las almas segun el Señor se queja por la boca de Ezequiel: « multiplicaron el número de las viudas, despreciaron mi ley, profanaron mi santuario, violaron el sábado y escarnecieron mis solemnidades; los padres son ultrajados por sus hijos, ... el matrimonio manchado con las abominaciones del adulterio, y toda carne ha corrompido sus caminos. Por esto beberás tú, ó Jerusalem, hasta las heces el cáliz de tu hermana; yo te enviaré tristeza, dolor y desprecio hasta la saciedad, y cuando hayas agotado la copa de Samaria, la harás pedazos y te comerás los fragmentos, y luego de rabia desgarrarás tu seno. » Francia, Inglaterra, Alemania y otras naciones, decid vosotras si es ó no tan desastroso como anuncia el Profeta, el fin y el castigo de los pueblos y los hombres que abandonan á Dios, y que de hijos predilectos de la iglesia se convierten en sus crueles perseguidores. Y tú, iglesia española, gloria y ornamento de mi patria, tú que labraste las coronas de Pelayo y Recaredo; tambien las aguas de la tribulacion te cercaron como un vasto mar, y la confusion cubre tu agraciado rostro. Como abandonada del mundo, levantas al cielo las manos puras, los ojos arrasados en llanto, para decir á los ángeles, si el suelo clásico de las virtudes quedará proscrito del mapa del orbe. Mirad, le dices, humillados los ministros del Señor; mis caminos abandonados; mis riquezas presa de mis perseguidores; oscurecida mi gloria; los hijos que yo habia ensalzado con el glorioso timbre de católicos, hoy se alzan contra mí con un fu-

ror inaudito. Señor, que habitas en lo mas encumbrado de los cielos, compadécete de tú afligida Esposa: á ti levanto mis ojos, y pongo en ti mi esperanza.

Do quiera que volvamos los ojos desde el centro de la desolada Hesperia, solo vemos escenas de amargura y dolor, que sin consuelo llora la iglesia; la deformidad de todos los vicios, el desorden de todas las pasiones, el horror de todos los crímenes, el desenfreno de todos los escándalos, los sacrilegios mas espantosos hacen á España apurar la copa del furor celestial, por los pecados de sus hijos, hasta el punto fatal de ver ya casi apagada y moribunda la antorcha de la fe, que con el hijo del trueno encendieran los discípulos de los apóstoles en este católico país. Almas sensibles y fervorosas que conoceis los males de la religion y de la patria, ¿quién os dará un torrente de lágrimas para llorar en tamaño desconsuelo? Pero no: cesen ya desde hoy los acentos del dolor, y sucedan á los lamentos alegres cánticos de gratitud al Padre de las misericordias: el Señor ha oído los sentidos clamores de la iglesia su esposa; se pone en pié sobre la barca, y sin necesidad de mandar á los vientos llama en socorro de su amada ¡ó santo cielo! ¿á quién? el polvo de un sepulcro! El espíritu de Dios sopla sobre unos despojos de la muerte, y estos reviven. Consolaos, fieles! temblad, impíos! Yo miro esas cenizas santas correr á manera de un ejército formidable á la defensa de los muros de Sion. Otra nueva Débora se pone en pié bajo de su palma: la moderna Jael avanza con el clavo y el martillo en la mano á traspasar el cuello de la impiedad, al exterminio de los obstinados pecadores, á la derrota de los enemigos de su Dios.... Sísara perece; una jóven de trece años le ha vencido, ¡qué triunfo para la Iglesia! ¡qué consuelo para los fieles! ¡qué corona para las virtudes cristianas! Miente la impiedad, si dice que no hay guerreros en Israel. El cielo responde con la señal del combate, y una de las estrellas del firmamento se desprende por un solo instante, para llenar de confusion y terror á los enemigos del nombre cristiano. « Yo soy tu Dios, dice el Señor á la iglesia; se acerca ya el dia en que tus implacables perseguidores sean derrotados y confundidos. Espera un momento y verás que para despedazarlos y acabar con todos ellos, no necesito mas que medio-resucitar á uno de mis muertos, y colocarle en medio de tus campos como una fuente de vida para todos tus hijos

los verdaderos fieles: y esa fuente que yo suscito es mi amada Filomena. »

¿Qué dirán los incrédulos de nuestro siglo, cuando vean la razon de los honores que se tributan á una sierva tan querida del Señor? Cuando sepan que el premio que por ellos ganan los pueblos y los hombres, son prodigios sin número, brillantes, inauditos, ruidosos? Cuando vean por último que sus glorias llenan el espacio de quince siglos de oscuridad? Confesarán sin querer la omnipotencia de Dios, y que hechos tan extraordinarios son la mayor humillacion que puede atormentar el orgullo y soberbia de los malos, así como en ellos descansa la esperanza de los buenos. No es ilusion lo que os digo, se apoya en los mas auténticos testimonios. No hace cuarenta años era desconocido el nombre de Filomena, que solo existia en el esplendor de los santos; y hoy corre la fama de sus virtudes y favores del uno al otro extremo del mundo, y en pos de ella una voz aterradora gritando que los poderosos son derribados de su trono y ensalzados los humildes. Tan rica y hermosa es la corona de la fe y de la castidad virginal, virtudes que sublimaron á la santa princesa á tan alto grado de gloria.

Los peligros que la cercaron, las tentaciones que la probaron, la infamia de los dioses y desórdenes del imperio romano; el mundo en fin y el infierno se unieron para combatir la pureza y la constancia de Filomena. Tan tímida y jóven, luchando á un tiempo con las promesas seductoras de todo un emperador postrado á sus piés, con el terror de los exquisitos tormentos que la amenazan, con los lamentos de un padre que la adora, y con los gritos de una madre desmayada por la violencia de su dolor; yo no recuerdo en los anales del cristianismo una situacion tan crítica, terrible y peligrosa. No es un débil y manso arroyuelo el que tiene que romperse contra el dique de la pureza virginal; es el mar embravecido que amenaza sepultarla bajo el furor de sus olas. Pero no importa: cuanto mayor es el peligro, hará el Altísimo mas grande ostentacion de su poder: *mirabiles elationes maris; mirabilis in altis Dominus*. Un momento, y la heroína cristiana logra con su constancia la victoria que venció al mundo. Y la palma y la azucena son las coronas de su fe y de su castidad.

La esplendente aureola de las vírgenes que goza Filomena, es el premio de su abnegacion heroica, por imitar á Jesus á

quien habia consagrado su pureza; leccion importante, católicos, en un siglo en que se dijo con una incertidumbre funesta, que el vicio abominable de la deshonestidad, manchando desde las canas del anciano hasta las inocentes carnes del niño, ha causado el que toda carne corrompa sus caminos: ha puesto el mas grave obstáculo á la restauracion de las sociedades, por ser un germen mortífero, un cáncer horrible que las devora, y que hace sucumbir los pueblos bajo el peso de la divina venganza. La impureza quita al hombre el descanso, el honor, la virtud y la razon; sin estas tristes privaciones no arrastrara al hombre á tan increíbles excesos; testigos David, Sanson, Salomon y Enrique VIII. El miserable arrastrado de esta pasion, parece tener la misma dificultad para salir de ella, que pone un poeta á los que cayeron en el averno, para ver otra vez la serenidad de los cielos. Tan léjos está de no ser un delito grande, como piensan los libertinos, que los santos doctores de la iglesia le llaman el *pecado* por antonomasia. Y si no, ¿de qué proviene que todas las leyes le condenan, que se avergüenzan de este delito, que tanto se sufre al acusarse de él, que nunca se explica lo necesario para la integridad de la confesion? ¿El diluvio universal, el fuego de Sodoma, los desastres de Israel, qué son sino testimonios los mas solemnes de la severidad del Señor contra la deshonestidad? Las hambres, guerras y revoluciones que devoran á la infeliz España, ¿tienen otro origen? ¿Es infundado pensar que es el resultado de este y otros pecados lo que trae sobre los españoles toda la cólera del cielo? Si ponemos las nobles virtudes de santa Filomena en contraste con el abandono y disipacion de nuestras costumbres, no sabe uno qué admirar mas, si la gracia del poder que la sostenia en una lucha tan desigual y cruel, ó la paciencia de un Dios tan terrible, que todavía sufre tantos ultrajes de la ingratitud humana. Una tierna vírgen, una doncella ilustre menospreciando por Jesucristo el trono mas bello y majestuoso del mundo; nosotros mas y mas enredados en la miseria de las cosas terrenas; ella dominando victoriosa los tormentos y delicias del siglo y del infierno; nosotros cediendo cobardes, y doblando una frente altiva y noble al halago de una mezquina pasion. ¿Qué hacemos, pecadores? Los designios de la Providencia en la exaltacion de la santa vírgen, no fueron otros que darnos en ella una medianera poderosa entre

el cielo irritado y el siglo culpable, no fueron otros que conducirnos á la patria celestial por la imitacion de sus virtudes. Despertemos pues del sueño de la muerte que hasta hoy nos embargaba, y pensemos que santa Filomena será tal vez la última conciliadora que suscite el cielo para unir todos sus miembros con su cabeza. Esta idea es de vida ó muerte para todos. Elegid: los vicios arrastran al pecador á los eternos ardores del abismo; y la conversion verdadera y pronta seguida de frutos dignos de penitencia, nos elevarán de seguro á la santidad que merece la corona inmortal. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA FILOMENA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Erit sepulchrum ejus gloriosum.

Su sepulcro será glorioso.

Isaias, c. 11. v. 10.

¿A donde va el orgulloso y pujante general de los ejércitos del rey de Asiria seguido de numerosas huestes, respirando odio contra el Dios de Israel, con la blasfemia en los labios y la impiedad en el corazón? Yo le veo con un ejército de ciento veinte mil soldados de infantería y veintidos mil de caballería, y un crecido número de cautivos y jóvenes que arrastra en pos de sí de todas las ciudades que ha sojuzgado, avanzar por la ladera del monte hasta la altura que domina sobre Dothain, dirigiéndose por Belma hasta Chelmon, situado enfrente de Esdreton (1). Ya está delante de los muros de Betulia; ya ha cortado las aguas á sus habitantes; ya estos afligidos por la sed, determinan franquear las puertas al enemigo; ya está señalado el plazo, y solo les restan cinco dias para esperar las misericordias del Señor. Entretanto el blasfemo jefe de los sitiadores medita una cruel venganza. El templo, el altar, el sacrificio, todo va á desaparecer, todo va á ser víctima de su saña. Gran Dios! ¿Será posible que así abandoneis á vuestro pueblo en manos de sus enemigos? ¿Habrá de coronarse la impiedad con los laureles del triunfo? ¿No os mueven á clemencia las ofrendas de los sacerdotes, los gemidos de los ancianos y los lamentos

(1) *Judith, c. 7. v. 2 et 3.*